

Acerca de la relación entre la sociología italiana y el fascismo (1920-1945)

*Marta Losito
Sandro Segre*

Introducción

ACASO NO SEA BIEN CONOCIDO que algunos de los mejores científicos sociales italianos de los años veinte produjeron coherentes análisis del régimen fascista. El presente trabajo se propone reconstruirlos y enseguida evaluar su efecto en otros intelectuales simpatizantes u opositores al régimen, considerado en sus tres componentes: valores, normas y la estructura de la autoridad (Easton, 1965: 190-211). El trabajo se centrará, entonces, *tanto* en las explicaciones sociológicas sobre el fascismo, producidas por algunos de los estudiosos italianos contemporáneos más destacados, *como* en la recepción de esos trabajos, sobre todo en torno al fascismo, en Italia y en el extranjero. Además, esperamos aclarar los problemas conexos sobre cómo los científicos sociales y los intelectuales italianos se enfrentaron como sociólogos o ideólogos con algunos miembros del régimen autoritario de Mussolini, y cómo, a su vez, este régimen orientó y restringió sus esfuerzos por realizar dicho análisis, ya que, según sostenemos, hubo una relación mutua entre la sociología italiana y el fascismo, en el sentido de que el régimen tuvo una clara influencia no sólo en el contenido sino en la recepción de sus explicaciones sociológicas.

Así pues, este trabajo va a concentrarse en los estudios *sociológicos* sobre el fascismo, aunque la importancia de sus conclusiones, desde la perspectiva de la teoría política, también se destacarán ocasionalmente, y no todas las explicaciones sociológicas del fascismo consideradas proceden de autores que se con-

sideraban a sí mismos sociólogos. No obstante, las categorías analíticas, las variables y el contenido de sus argumentos tuvieron un carácter decididamente sociológico. Más aún, dado que la sociología como disciplina autónoma estaba en proceso de institucionalización en Italia, según veremos, todavía no existían sociólogos profesionales que condujeran un estudio propio sobre el fascismo, o reaccionaran frente a otros. Esta situación se modificó después de la guerra, con la completa institucionalización de esta disciplina. Por tanto, será preciso considerar los contextos cultural e institucional de la sociología italiana durante el fascismo. Por último, la discusión de este tema —los análisis sociológicos del fascismo y su recepción— va a conducir a ciertas observaciones generales referentes a la posibilidad, así como a las limitaciones de los usos ideológicos de las categorías de la ciencia social. No obstante que este trabajo debería contribuir a la historia de la teoría sociológica, sus conclusiones acaso sean más pertinentes a la epistemología y a la sociología de las ciencias sociales.

En cuanto al orden de la discusión, se hará un examen preliminar de algunos problemas teóricos y prácticos que limitan seriamente el alcance de este trabajo. Enseguida nos centraremos en los pocos autores italianos —Gramsci, Mosca, Pareto y Michels— que realizaron análisis sociológicos del fascismo, todavía hoy merecedores de atención. Cabe insistir en que no importa en este sentido que sólo Michels y Pareto, entre estos autores, se consideraran sociólogos. Lo importante aquí es, más bien, el carácter sociológico de sus textos. Los autores citados representan una gama de posibles orientaciones de valores: en Gramsci, la inflexible oposición desde una perspectiva marxista; o en Mosca, desde otra liberal conservadora; o en Pareto la aceptación moderada desde la posición conservadora de un pensador que rechazaba la democracia parlamentaria pero defendía las libertades civiles; o bien el apoyo activo de un ideólogo del régimen, Michels, que se esforzó por conquistar el reconocimiento para la nueva disciplina de la sociología. A continuación se pondrá la recepción de sus trabajos en los círculos intelectuales fascistas y no fascistas. En este respecto se hará hincapié en el sesgo ideológico que permeó el proceso de selección, difusión y aceptación (o rechazo) de dichos trabajos. Por último, se llevará a cabo el estudio de las modalidades diversas de recepción,

que conducirá a las conclusiones de carácter epistemológico y teórico.

Problemas teóricos y prácticos

Nuestro tema —la relación entre la sociología italiana y el fascismo— hasta la fecha ha sido abordado por muy pocos investigadores (Lentini, 1974, 1983). De hecho, existen diversos obstáculos teóricos y prácticos que vuelven particularmente difícil este estudio. Ante todo, la sociología italiana —aunque se define a grandes rasgos—, tenía, hasta donde sabemos, pocos representantes en el país durante las dos décadas de gobierno fascista (1925-1945). La mayoría de los mejores científicos sociales preferían o estaban obligados a vivir fuera, en el exilio. Esta situación solía orientar su trabajo hacia el fin de establecer programas ideológicos y conducir actividades políticas contra el régimen fascista y no, sin embargo, a la construcción de la teoría sociológica. Gaetano Salvemini, tomemos por caso, ejerció un liderazgo extraordinario y un papel ideológico en la oposición al fascismo, pero como emigrado no podía desempeñar su actividad de investigación como historiador y estudioso de los problemas sociales y económicos del sur de Italia, y mantener el ritmo previo de productividad. Una excepción puede haber sido Guglielmo Ferrero, que como profesor de historia en la Universidad de Ginebra tuvo el tiempo y la ocasión de dedicarse al quehacer académico, pese a su implacable e inflexible adhesión al régimen de Mussolini. Pero Ferrero decidió separar sus vidas académica y partidaria, de modo que sus trabajos de teoría política se concibieron en un nivel general de análisis.

De los científicos sociales italianos que permanecieron en su país, la gran mayoría suscribió y legitimó —o por lo menos aceptó— al gobierno autoritario de Mussolini, pero sin producir, como veremos más adelante, contribuciones de interés perdurable o de mérito especial. Hubo pocos, muy pocos de hecho, pensadores de primer plano en lo social y político, de diversas convicciones ideológicas, como el católico Luigi Sturzo (Battaglia, 1985: 247-250) y el liberal conservador Gaetano Mosca, que se negaron a comprometerse con el régimen. El precio de ello no sólo fue su aislamiento intelectual —como Gramsci— sino

con frecuencia una importante merma en la cantidad, cuando no en la calidad, de su trabajo. Gaetano Mosca, por ejemplo, redujo drásticamente su producción académica tras la toma del poder por Mussolini. En suma, que aparentemente no se produjera —ni dentro ni fuera del país— obra sociológica de importancia de autores italianos tras la consolidación del régimen fascista, a mediados y fines de los años veinte, constituye un importante obstáculo teórico para los interesados en investigar la relación entre el desarrollo de la teoría sociológica en Italia y el fenómeno del fascismo.

Las peculiares tendencias y corrientes predominantes en el país durante esa época, constituyen otro obstáculo teórico. Pese a las profundas diferencias en sus supuestos epistemológicos, la mayoría de los científicos sociales italianos no consideraban compatible su epistemología con la sociología, según su entender sobre el aparato conceptual de ésta. Además, aquéllos ideológicamente próximos al régimen de Mussolini, a menudo tendían a descartar a la sociología por su inutilidad para establecer una nueva ciencia del Estado y la sociedad, de la cual el fascismo sería la aplicación institucional y su encarnación. Un último obstáculo teórico consiste en el hecho accidental —o sea, biográfico— de la muerte de Pareto en 1923, en el inicio mismo del gobierno cada vez más dictatorial de Mussolini. Aunque ya tenía más de 70 años, Pareto —como vamos a ver— se mantenía al día de los acontecimientos políticos y sociales en Italia a principios de los años veinte, y aplicaba sistemáticamente sus propias categorías sociológicas al análisis de dichos sucesos. De haber vivido más, hubiera podido legar a la posteridad un estudio amplio del fascismo como fenómeno sociológico, en tanto que su residencia en Suiza le hubiese protegido de cualquier consecuencia desagradable de sus estudios.

De esta manera, una investigación sobre la relación entre la sociología italiana y el fascismo se topa con una serie de limitaciones teóricas. Un intento de superarlas puede centrarse en las aportaciones de importancia de sociólogos italianos de primer orden, o al menos de científicos sociales, antes o durante la consolidación del régimen fascista, hasta fines de los años veinte. Sin duda, esta línea de investigación se topa con el obstáculo práctico de que dichas contribuciones son escasas: en esos años hubo muy pocos científicos sociales italianos de cierto prestigio que

se dedicaran a investigar las razones del ascenso del fascismo y las condiciones de su duración. Entre éstos, sólo Pareto y Michels se hubiesen considerado sociólogos, en tanto que Gaetano Mosca siempre se consideró experto en ciencia política, disciplina que él mismo contribuyó a fundar. Si bien estos tres autores produjeron algunos ensayos importantes en torno al fascismo, ni Mosca ni Pareto le dedicaron particular atención, y de cualquier modo ambos científicos sociales cesaron su actividad en los años veinte: Pareto murió en 1923, y la última contribución de Mosca como científico político apareció en 1928.¹ Lo poco que escribieron sobre el fascismo o temas relacionados con éste, fue por tanto incidental respecto a sus intereses y temas centrales, y tuvo a la vez poca importancia, en la medida en que el régimen fascista siguió desarrollándose durante los años treinta y la primera parte de los cuarenta, en su ideología y estructura organizativa. Gramsci, por el contrario, puso gran atención al fascismo desde su inicio mismo, pero tras su encarcelamiento, en 1926, se vio obligado a volver su atención hacia otros temas menos peligrosos. De esta manera, sus valiosas observaciones sólo atañen al periodo de formación del fascismo y a sus primeros años en el poder. En cuanto al otro representante de primera línea de las ciencias sociales italianas, Roberto Michels, a diferencia de Mosca y Pareto, juzgó al régimen fascista un tema merecedor de la más seria consideración, y de hecho concentró su energía intelectual a estudiar sus aspectos organizativos e ideológicos. Desgraciadamente con la edad Michels perdió en los años veinte y treinta (murió en 1936) la creatividad y la ingenuidad que caracterizó a sus primeros ensayos sobre la sociología de los sindicatos y partidos políticos. De cualquier forma, fue el único sociólogo de prestigio de la Italia fascista, y por esta sola razón vamos a considerar su obra, aun la posterior a los años veinte.

Gramsci, estudioso del fascismo

Los análisis de Gramsci sobre el fascismo han impresionado a muchos comentaristas, que los han considerado los más percep-

¹ En 1933 publicó una historia de la teoría política. Fue la última obra de Mosca antes de su muerte en 1941.

tivos y brillantes (Lentini, 1974: 26-27; Santarelli, 1973: 15-17; Spriano, 1977: 154). Sin duda, estos análisis son importantes para sociólogos y politólogos, en la medida en que señalan las condiciones del ascenso del fascismo, así como algunas razones de su consolidación en el sistema político italiano. No obstante, es importante destacar que los trabajos de Gramsci sobre éste, y sobre casi todos los temas, estaban al servicio del establecimiento de una "dictadura del proletariado" revolucionaria —como diría la expresión marxista-leninista— más que al fin de construir una teoría pura. Este punto debe tenerse presente si se quiere entender los análisis de Gramsci sobre la estructura de clases italiana a principios y a mediados de los años veinte, ya que su propósito es iluminar las fuerzas sociales que apoyan o se oponen al fascismo como partido político y movimiento, así como en las condiciones de una política acertada de búsqueda de alianzas con todos los estratos sociales y partidos políticos no fascistas. El fin último fue claramente formulado: la formación de "un Partido Comunista como... el partido de la clase trabajadora y de la revolución", apto para la tarea de derrocar al régimen capitalista (Gramsci, 1973a: 287).

En consecuencia, Gramsci estaba más interesado en la praxis que en la teoría, al grado de que la teoría sociológica y política estaban al servicio de la praxis revolucionaria.

Por tanto, Gramsci se valió de una serie de criterios para identificar a cada fuerza social como aliada o enemiga en la lucha contra el fascismo. Estos criterios no siempre son compatibles, y no conducen a la construcción de una teoría coherente de la estructura de clases italiana o capitalista. Lo que sí se logra, empero, es una explicación interesante del ascenso y fortalecimiento del poder dictatorial de Mussolini. Sin duda, la tesis fundamental es marxista: "el fascismo es un movimiento armado reaccionario que se propone disgregar y desorganizar, e inmovilizar así, a la clase trabajadora. El fascismo se inserta en el contexto de la política tradicional de las clases gobernantes italianas y de la lucha del capitalismo contra la clase trabajadora" (Gramsci, 1973a: 279). Entonces, el fascismo es "una dictadura armada... que opera en beneficio directo de la plutocracia capitalista y de los terratenientes" (Gramsci, 1973b: 240; 1966: 243). En esta medida, la concepción gramsciana del fascismo apenas sería diferente de cualquier concepción marxista ortodoxa del po-

der político como expresión y defensa de los intereses capitalistas. Pero el análisis de Gramsci articuló y apuntaló esta concepción incluyendo en ella los temas de la movilización política y la existencia de tendencias conflictivas en el seno de la propia burguesía (cfr. Salvadori, 1973: 335).

A este respecto se sugirieron una variedad de criterios característicos. Las fuerzas sociales y políticas se distinguieron de acuerdo a su control sobre los medios de producción, ajustándose al criterio marxista ortodoxo, pero también de su aporte a la producción económica, a sus tradiciones históricas y culturales, y al carácter y volumen de sus fuentes de ingresos. Todos estos criterios tenían el propósito de orientar al Partido Comunista, y a su dirección, en la búsqueda de su meta revolucionaria última. En Italia, la fuerza motriz de la revolución no sólo procede del proletariado industrial y rural, sino también del campesinado. Estos estratos están interesados en unir fuerzas contra el fascismo y las clases sociales que lo apoyan, es decir, capitalistas y terratenientes (Gramsci, 1966: 299; 1973a: 133, 283-286). Proletarios y campesinos en conjunto constituyen la mayoría de la población representada por el Partido Comunista. El Partido es en sí mismo parte integral de la clase trabajadora, es capaz de defender, organizar y conducirla, junto con sus aliados potenciales —el campesinado y aun la pequeña burguesía— en su lucha económica, política e ideológica contra la coalición reaccionaria del fascismo, el ejército, la administración y las dos clases gobernantes (Gramsci, 1973a: 91-93, 104-105, 119-122, 131, 196-197, 227, 280, 297-302; Gramsci, 1966: 298-299). Todas estas clases, la clase trabajadora industrial y la rural, y las “clases gobernantes industrial y terrateniente” (Gramsci, 1973a: 281) quedan claramente identificadas como categorías sociológicas y en términos de sus lealtades políticas por su relación con los medios de producción.

El campesinado, sin embargo, deriva su orientación política de su herencia cultural e histórica así como de sus condiciones económicas contingentes: entonces, las relaciones de producción como tales no tienen tanta importancia en este sentido. Los agricultores del sur han estado sometidos a una cruel explotación y, a diferencia de los del norte, no han sido penetrados de manera importante por las ideologías católicas conservadoras. En consecuencia, la causa de la lucha contra el fascismo tiene más pro-

habilidades de promoverse entre los agricultores del sur que entre los del norte por medio de una alianza con y bajo la dirección de la clase trabajadora industrial (Gramsci, 1966: 529; 1973a: 71, 257, 259-260, 282, 284). En cuanto a la pequeña burguesía, esta clase está definida conforme a una diversidad de criterios, tales como la cantidad de sus ingresos (Gramsci distinguió entre una pequeña, media y alta burguesía, Gramsci, 1966: 222; 1973a: 281; 1973b: 257), los orígenes profesionales de las fuentes de sus ingresos; su función obsoleta en la producción económica, desempeñada de manera cada vez más exclusiva por los representantes de la gran industria y del capitalismo financiero (Gramsci, 1966: 0-10, 222; 1973a: 54-55, 201-202), y, por último, su hondo conservadurismo (Gramsci, 1966: 12; 1973a: 258). Según esto, el estrato medio consiste de empleados, pequeños comerciantes y fabricantes, así como de pequeños y medios terratenientes (Gramsci, 1973a: 257, 280-281). Lo que parece conferir unidad a este estrato, por lo demás definido por criterios tan numerosos y no del todo compatibles, son sus tendencias políticas comunes, más que sus relaciones con los medios de producción.

De modo que los miembros de la pequeña burguesía no sólo están subordinados a los capitalistas y a los grandes terratenientes, sino que también son agentes de la contrarrevolución y apoyan de manera activa al Partido Fascista: de hecho, el electorado de este partido en su mayoría procede, según Gramsci, de la pequeña burguesía urbana, la misma clase social que ha apoyado tradicionalmente al parlamento como institución (Gramsci, 1966: 9, 12, 222; 1973a: 54, 201-202). Lo que explica que este partido esté perdiendo de prisa a su electorado pequeñoburgués, es consecuencia de la política económica del nuevo gobierno fascista (1926). Dicha política beneficia a la plutocracia agraria e industrial, mientras que las demás clases, incluyendo a la pequeña burguesía, sufren la declinación de su nivel de vida. La crisis económica puede llevar a esta clase a romper con la coalición burguesía-terratenientes-fascistas, y a unir fuerzas con los obreros y los campesinos (Gramsci, 1973a: 12-13, 201-202, 280-282). Resulta por tanto evidente que a juicio de Gramsci la ambigua posición sociológica de la pequeña burguesía la convierte en aliada potencial de cualquier fuerza social, según su prosperidad del momento y su perspectiva del futuro. En última instancia, tomará

parte con aquellas fuerzas sociales y políticas que mejor promuevan sus intereses, como lo ha hecho en ocasiones anteriores (Gramsci, 1973a: 9-14, 201-202). Sería difícil esperar una conducta más coherente de un estrato compuesto, según Gramsci, tanto de gente que no posee medios de producción (los empleados), como de personas que sí los tienen, aunque en cantidades diversas (los pequeños y medianos terratenientes). En todo caso, la desconfianza de Gramsci en el potencial revolucionario de este estrato heterogéneo queda demostrado por su insistencia en la pureza organizativa del Partido Comunista, pues toda inclusión de elementos pequeñoburgueses socavaría su carácter obrero y revolucionario (Gramsci, 1973a: 292-293).

El ascenso del fascismo al poder político se explica, pues, como resultado de su habilidad para constituir un frente burgués unido en un periodo de crisis social y política. El fascismo —según Gramsci— “modifica el programa de los conservadores y de la reacción, siempre dominante en la política italiana, sólo en que tiene una concepción diferente del proceso de unificación de las fuerzas reaccionarias. En lugar de acuerdos y compromisos, el fascismo persigue la meta de unificar a todas las fuerzas de la buurguesía en un organismo político, bajo el control de una sola autoridad central gobernante en el Partido, el gobierno y el Estado al mismo tiempo” (Gramsci, 1973a: 279). La política tradicional, conducida durante veinte años por el anterior primer ministro Giolitti, según Gramsci logró la representación monopólica gubernamental de los intereses industriales y bancarios, y obtuvo el apoyo del sector agrario, de los agricultores y de la jerarquía católica (Gramsci, 1973a: 43). Giolitti, junto con el sistema político que representaba y dirigía, mediaba entre los intereses en conflicto de diversos segmentos de la burguesía, mientras ejercía una corrupción política en los segmentos “más avanzados” de la clase obrera. Así se abrió el camino para la dictadura de las clases gobernantes agraria y capitalista sobre el proletariado industrial y rural (Gramsci, 1973a: 276-277).

La debilidad de la coalición burguesa, cuya cohesión estaba muy debilitada por los intereses faccionales, se recompuso en el periodo de posguerra por la creciente militancia y mejor organización de la clase obrera. Un nuevo gobierno autoritario era, pues, necesario a fin de reforzar el predominio económico de la burguesía y reorganizar su dictadura política. Sin embargo, el fas-

cismo no hubiese tenido éxito a no ser porque la clase obrera no logró proporcionar una guía adecuada, un liderazgo y una organización política a las otras clases oprimidas (Gramsci, 1973a; 278-279).

La explicación de Gramsci sobre el surgimiento y (a su juicio) temporal consolidación del régimen de Mussolini, resulta importante para la sociología así como para la ciencia política. Desde la perspectiva de la sociología política, el ascenso del fascismo a una posición de poder y autoridad se explica como consecuencia de la lucha exitosamente conducida por un frente burgués unido contra la clase obrera y las clases oprimidas en general. Tal éxito se da como resultado de su organización superior, así como de su mayor capacidad para movilizar a los aliados potenciales y desorganizar al enemigo. La coalición social y política de las fuerzas burguesas —industriales, terratenientes y pequeña burguesía— recurrió a la representación por medio de un sistema autoritario, dado que su poder económico y político, así como sus privilegios sociales, se habían visto amenazados por gobiernos democráticos débiles y por una elevada militancia de la clase obrera. Desde la perspectiva de la teoría política, pues, la estabilidad de la democracia parlamentaria depende de la capacidad del gobierno para contener los intereses faccionales en el seno de la burguesía y controlar la militancia de la organización política de la clase obrera.

En tanto que Gramsci no considera qué clase de sistema político sería posible en presencia de una sola de estas condiciones, resulta evidente que para él la crisis de la democracia parlamentaria (“burguesa”) y el ascenso del fascismo derivaron de la presencia de ambas. Además, a tono con su perspectiva marxista, Gramsci excluye la posibilidad de que tanto los intereses de los bloques de poder conservador como revolucionario estén representados en un sistema político, democrático o no. Mosca y Pareto concordaron con Gramsci al considerar que el régimen de Mussolini fue consecuencia de la crisis de las instituciones democrático-parlamentarias. Concluyeron también que la crisis fue producto de la incapacidad de algunos o de todos los estratos privilegiados para promover, por medio de dichas instituciones, el bienestar de la nación, o aun sus propios intereses privados. Gramsci, Mosca y Pareto concibieron así el análisis sociológico de los sistemas políticos fascistas o democráticos, haciendo de-

penden su fuerza y estabilidad del apoyo de ciertos estratos sociales. No obstante, a diferencia de Gramsci, Mosca y Pareto sostuvieron que la hegemonía política de la clase obrera es incompatible con el interés público, e interpretaron la caída de la democracia parlamentaria italiana como consecuencia no de un reacomodo de las fuerzas burguesas, sino como la incapacidad y egoísmo de la clase empresarial (Pareto), o la impotencia de la clase media educada (Mosca).

Mosca y Pareto, estudiosos del fascismo

En 1925, un Gaetano Mosca ya anciano, miembro del Senado italiano, en repetidas ocasiones tomó la palabra para oponerse a iniciativas suscritas por Mussolini con el propósito de limitar de manera drástica los derechos políticos de los ciudadanos y las prerrogativas de las instituciones parlamentarias (Mosca, 1949: 277-284; ver también Albertoni, 1978: 193-199; Bardusco, 1983: 151-153). A este respecto, Mosca explicó su oposición a todas estas iniciativas de ley apelando no sólo a su creencia en las libertades políticas como valores que había que defender, sino también al valor más difundido del “desarrollo y el progreso”, que han beneficiado a las naciones donde las libertades políticas se han salvaguardado por medio de las instituciones representativas (Mosca, 1949: 282-283). En su ensayo de 1928 sobre las “Causas y remedios para la crisis del régimen parlamentario”, Mosca recuperó, amplió y reforzó esta línea de pensamiento recurriendo al conocimiento empírico reunido durante su investigación de toda la vida en torno a las instituciones políticas. Los regímenes parlamentarios —sostuvo— son capaces de proteger las libertades civiles y políticas merced a y en la medida en que proporcionan una fuente independiente de autoridad, por medio de la cual los gobernados pueden controlar y limitar el poder de sus gobernantes. Según Mosca esto es verdad si y sólo si se mantienen el bienestar económico y la influencia política de la clase media educada, en virtud de que sólo ésta posee suficiente conocimiento y capacidad para controlar el poder de la administración pública. Sin embargo, el establecimiento del sufragio universal, a juicio de Mosca, ha asestado un gran golpe a la influencia política de la clase media, a la vez que la crisis económica y la in-

flación galopante de los años posteriores a la primera guerra mundial redujeron en gran medida su nivel de vida.

De esta manera, para Mosca la crisis económica y política de la clase media educada constituye una de las causas últimas de la ineficacia de las instituciones parlamentarias para proteger las libertades políticas y civiles. Otra causa, según este autor, estriba en el control de los trabajadores calificados, ejercido por medio de sus sindicatos, sobre el gobierno y los cuerpos parlamentarios, dada la crucial importancia de la producción industrial y la fuerza política de la clase obrera en un sistema político basado en el sufragio universal e igual (Mosca, 1949: 102-111). Estas consideraciones, donde la defensa de los valores de la libertad civil y política está sustentada por la sociología y la ciencia política, reiteran y epitomizan temas recurrentes en la obra de Mosca (1923: 264, 395, 484, nota 1; 1949: 302-336; 1958: 341, 362). A este respecto cabe señalar que el liberalismo de Mosca implica un modelo ideológico de equilibrio entre las fuerzas políticas y sociales. Este modelo, a su juicio, se puede poner en práctica bajo ciertas condiciones políticas, sociales e institucionales, por ejemplo: que existan cuerpos parlamentarios electos mediante un sufragio restringido y desigual, y que la clase media cultivada mantenga el poder político y social. A esta clase atribuyó Mosca la crucial función social de dar legitimidad al orden político y social (Mosca, 1958: 452-455). De esta manera, la desaparición de la clase media abriría camino a sistemas sociales y políticos no del todo legítimos, y social y políticamente desequilibrados, en el sentido de estar subordinados a los intereses capitalistas u obreros (Mosca, 1923: 60-61; 397-399; 1949: 308-315; 1958: 454; ver también Portinaro, 1977: 132; Segre, 1983: 118).

El análisis de Mosca sobre el fascismo se inserta en un esquema teórico general, en el cual el ascenso de Mussolini al poder se explica como resultado de la crisis de las instituciones representativas y de las fuerzas sociales que las sustentan (Beetham, 1977: 163-164). La explicación de Pareto, según sus últimos trabajos sociológicos y su correspondencia privada, resulta señaladamente diferente. Esta diferencia surge del aparato conceptual distinto al que ambos autores recurrieron para realizar sus respectivos análisis sobre el fascismo como fenómeno político y social. En contraste con Mosca, Pareto rechazó la afirmación de que las instituciones parlamentarias puedan representar, en casi

toda circunstancia, el interés general de la nación. Para Pareto los parlamentos son, más bien, instrumentos de los intereses capitalistas privados, pese al discurso ideológico con que estas instituciones legitiman su existencia (Pareto, 1964: párrafos 1704, 1713). Los actuales gobernantes de las sociedades democráticas, es decir —según Pareto—, los llamados “especuladores”, son expertos en el uso astuto y despiadado de la persuasión y la corrupción a fin de promover sus intereses privados. Las instituciones parlamentarias constituyen el instrumento adecuado para este fin, ya que los partidos políticos —sobre todo los de orientación democrática— apelan a sentimientos profundamente arraigados en el pueblo, facilitando así su dominación y manipulación por parte de la plutocracia gobernante (Pareto, 1964: párr. 2229, 2250, 2275, 2326, 2328; 1980: 1197; ver también Portinaro, 1977: 130-134).

En este contexto, no resulta sorprendente que las referencias al fascismo, frecuentes en los artículos y cartas de los últimos años de Pareto (1921-1923), interpreten su rápido ascenso al poder como consecuencia de la incapacidad de las instituciones parlamentarias para dar orientación política a la nación y promover su bienestar económico. El control de los especuladores sobre estas instituciones había producido una condición general de anarquía política, gobiernos débiles y recesión económica (Pareto, 1980: 1085, 1088-1089, 1150-1151, 1159, 1169-1171).

Tras la toma del poder por parte de Mussolini, Pareto aplaudió el recurso del nuevo gobierno al uso de la fuerza contra quienes defendieran sus intereses egoístas a costa del bienestar público. Además, a juicio de Pareto la política fascista buscaba encontrar un equilibrio entre la búsqueda del interés colectivo —es decir, la prosperidad de la nación—, por una parte, y la satisfacción demagógica de difundidos sentimientos, por la otra, donde los gobiernos previos recurrieron descaradamente a la demagogia y descuidaron promover las condiciones económicas para el desarrollo de la producción industrial. La llegada del fascismo al poder era recibida, pues, por Pareto como salvación para Italia (Pareto, 1980: 1150-1153, 1157, 1190; ver también Beetham, 1977: 164-166).

Sin embargo, el éxito duradero del partido de Mussolini y de su nuevo gobierno dependía, a juicio de Pareto, de una serie de condiciones sociales y políticas, de la permanente necesidad

de superar las grandes dificultades económicas y financieras de la posguerra, así como de que se evitaran los excesos demagógicos (Pareto, 1962: 315-316). Estas condiciones sociales y políticas son: primero, una ideología o conjunto de valores que apelarán a las bases fascistas y a la población en general (Pareto, 1962: 284-285, 292, 311; 1980: 1156-1157, 1170-1171). Segundo, abstenerse de hacer uso privado de la violencia tras haber obtenido el control del gobierno y de los medios legales de coerción, pues si bien recurrir a aquélla de tal manera puede beneficiar a la colectividad cuando las autoridades no logran mantener la ley y el orden, en tiempos normales es de interés público que la coerción sea prerrogativa exclusiva de las autoridades estatales dentro de los límites establecidos por la ley (Pareto, 1962: 320; 1980: 1152, 1179). Por último, la defensa de las libertades civiles, sobre todo la de expresión, puesto que restringirla a la larga debilitaría al gobierno y perjudicaría a la nación en general (Pareto, 1962: 320; 1980: 1151-1152).

Hasta aquí, la reconstrucción de las posiciones y los análisis de Mosca y Pareto con relación al fascismo no ha abordado sus bien conocidos conceptos de "clase política" y "élite", respectivamente. No es accidental, ya que ambos autores apenas utilizaron estos conceptos en este contexto específico, si bien sus análisis del fascismo se llevaron a cabo de acuerdo con algunas de sus categorías previas. Mosca y Pareto construyeron dos modelos diferentes de sistema político, cuya puesta en práctica habría de conducir, según sus teorías sociológicas y políticas, a un máximo de prosperidad y de progreso material y moral. Mosca y Pareto sostuvieron que la represión de las libertades civiles (y según Mosca, también la represión de las libertades políticas) haría mermar sus beneficios, y por ello sospechaban (Pareto) y estaban en contra (Mosca) del régimen de Mussolini. De la misma manera, juzgaron a las instituciones democráticas según la medida en que promovían el bienestar público. Mosca sostuvo que el parlamento, en ciertas circunstancias institucionales, promueve el bien público al representar políticamente a las fuerzas sociales de la nación, en tanto que Pareto sostenía que un gobierno fuerte, parlamentario o no, era condición esencial para la prosperidad de la nación.

Por tanto, sólo de manera indirecta una "clase política" o una "élite", respectivamente, son importantes en los discursos

teóricos sobre el fascismo. La "clase política" de Mosca, definida de manera restringida como aquella compuesta por los que detentan el poder autoritario, puede ejercer mejor su función al estar controlada por las instituciones parlamentarias, en tanto que la "élite" política de Pareto resulta más ventajosa cuando puede autocontrolarse, e incluso prescindir de un parlamento corrupto e ineficiente. Desde luego, Pareto también concebía la posibilidad de que una "élite" eficaz cooperase con un parlamento eficiente, pero a su juicio no sucedía así en la Italia de la posguerra (ver Fiorot, 1983: 92-100). En cuanto a Michels, veremos cómo combinó una variedad de influencias intelectuales y fuentes teórica con el doble propósito de analizar y legitimar la dictadura de Mussolini.

Michels, estudioso del fascismo

Roberto Michels, alemán de nacimiento pero ciudadano italiano desde 1920,² fue un dedicado estudioso del ascenso del fascismo, con el cual simpatizó desde sus inicios (Michels, 1924). Su peculiar biografía intelectual muestra una evolución desde el marxismo revolucionario hacia el fascismo, si bien algunas áreas de su interés —como las condiciones de ascenso de una clase política capaz y de una mayor participación política, así como de una democracia política eficaz en el Estado y en los partidos— continuaron teniendo importancia a lo largo de toda su producción académica. Como científico político y sociólogo, Michels destacó por su gran conocimiento de la bibliografía internacional sobre varios temas estudiados por él, ventaja sin embargo disminuida por su falta de rigor en las definiciones así como por una inadecuación persistente en su metodología (Linz, 1966: XXVI; Sola, 1972: II; Weber, 1910). Además, en los años veinte y treinta, las aportaciones de Michels a la sociología política,

² Roberto Michels, académico de formación europea, vivió en Italia en Cossila S. Grato (Biella), en 1900, luego en Turín a partir de 1906, donde tuvo el puesto más alto como profesor de economía política. Entre 1914 y 1928 Michels fue docente en la Universidad de Basel y logró regresar a impartir clases en Italia, tras varios intentos fallidos, en 1928, cuando fue llamado a ocupar la Presidencia de Economía General y Economía Corporativa de la Facultad de Ciencias Políticas en Perugia. En mayo de 1926, Michels se convirtió en profesor de sociología política en Roma en la Facultad de Ciencias Políticas de la Regia Università (Michels, 1927).

si bien ostentaron una independencia de valores, fueron lo suficientemente ambiguas para ofrecer al mismo tiempo una explicación y una legitimación de algunos rasgos centrales del sistema político fascista.

De esta manera, su definición de la autoridad derivó del concepto de Weber sobre el poder legítimo (*Herrschaft*), sólo que éste aclaró perfectamente que la obediencia a la autoridad podía surgir de una diversidad de motivos, incluyendo la ventaja personal (Weber, 1956: 122-123), en tanto que para Michels la autoridad implica una relación de liderazgo moral y de sumisión voluntaria (Michels, 1931b: 1932b: 340-341). De la misma forma el concepto weberiano de carisma, definido originalmente en términos no ideológicos (Weber, 1956: 140-141), fue interpretado por Michels con el objeto de legitimar la dictadura de Mussolini. Éste fue convertido en el tipo ideal de autoridad carismática y de autoridad en general (Michels, 1920: 355-361; 1932b: 340; 1934b; cfr. Bazzanella, 1986: 214; Portinaro 1977: 135-137). El tema, por último, de la clase política o élite gobernante lo tomó de Pareto y de Mosca, aunque convenientemente reformulado para dar apoyo ideológico a la élite fascista (Beetham, 1977: 167-178, Portinaro, 1984: 280-282). En consecuencia, la minoría gobernante fue caracterizada por las supuestas cualidades superiores de sus miembros, lo cual según Michels, se debe a que sólo se designa a miembros calificados para ingresar a la clase política; estos procesos de intercambio y movilidad garantizan la existencia de una "élite ideal". Sin duda, las débiles propuestas de Michels en sus últimos trabajos de sociología política apenas sirvieron al propósito teórico para el cual se formularon. El ascenso de Mussolini y sus asociados y su permanencia en los puestos más altos del gobierno se explicaron de manera simplista como resultado de sus cualidades personales que, supuestamente, los convertían en los políticos mejor calificados y daban cuenta de su atractivo carismático. Así, se comparó a las élites políticas democráticas de manera individual con la élite fascista (Portinaro, 1977: 134). La autoridad carismática fue el único tipo de autoridad que discutió Michels en sus últimos trabajos, lo que da fe de los leves restos de la ingenuidad mostrada en su primera obra de sociología del partido político (Michels, 1911).

De hecho, la cercana relación de Michels con el régimen fascista, para el cual hizo las veces de ideólogo oficial, le obligó a

conferir un nuevo sentido o a insertar en un contexto ajeno a algunas categorías analíticas formuladas por otros científicos sociales. La legitimación del sistema político dado en vez de explicar su recurso a la fuerza y a la autoridad, constituyó de manera evidente el interés primordial de Michels. En las décadas de los veinte y treinta Michels abordó como académico del régimen, y no como científico social que busca explicaciones verificables, las relaciones entre quienes se hacen de dichos recursos y los que no pueden hacerlo, tema que inspiró algunas importantes contribuciones teóricas de Gramsci, Mosca, Pareto y el propio Michels cuando era joven. Con este fin, tomó con libertad de toda fuente intelectual, combinando el idealismo de Gentile con el liberalismo de Einaudi y con la sociología política de Weber (Michels, 1936; Bazzanella, 1986: 214-215), y escribió sobre cualquier tema sugerido y de moda: política demográfica, la fundación de una economía corporativista, las cualidades éticas promovidas por la educación fascista, las ventajas de incrementar la intervención estatal fascista en la vida económica y cultural de la nación (Michels, 1924: 71; 1927: 40; 1929: 551; 1931a: 131-134; 1932a: 993; 1934a; 1936: 5). La obra de Michels satisfacía la necesidad del régimen de Mussolini de poseer una legitimación cultural, y ofreció a sus clases política y administrativa cierta educación en las ciencias sociales.

Es por tanto patente que Michels utilizó las categorías sociológicas derivadas en gran medida de Weber, Mosca y Pareto, así como de su propia sociología política y sociología de la organización, tales como las de autoridad, carisma, organización política y élite gobernante. Estas categorías sirvieron como instrumentos teóricos apropiados para dar legitimidad al fascismo y al régimen de su líder, tanto o más que para hacer un análisis independiente del fascismo.

Ahora debemos abordar el papel de Michels en el establecimiento de una cultura de apoyo al *statu quo* político, con una breve discusión de cómo recibieron los intelectuales simpatizantes u hostiles al régimen fascista las contribuciones de Gramsci, Mosca y Pareto en el campo de la sociología y la ciencia política.

Recepción de Gramsci, Michels, Pareto y Mosca por los intelectuales fascistas y no fascistas

El campo de los intereses teóricos y de investigación empírica de la sociología italiana estaba críticamente limitado por restricciones políticas e ideológicas. En este contexto, las contribuciones de Gramsci, Mosca, Pareto y Michels sobre una explicación sociológica del ascenso y consolidación del fascismo se toparon con una total indiferencia, una limitada aceptación, o a una interpretación selectiva de sus categorías analíticas, y no de sus proposiciones teóricas. En Italia, los trabajos de Gramsci sobre el fascismo, como de cualquier otro tema, no lograron atraer la atención desde su confinamiento (1926) hasta la caída del fascismo. De hecho durante su encarcelamiento se impidió a Gramsci toda comunicación intelectual con el mundo exterior,³ y aun después de su muerte (1937) el contenido de sus apuntes elaborados en prisión se mantuvo desconocido hasta fines de la década de los cuarenta. Por tanto no hubo público para los análisis políticos y sociológicos de los últimos años de Gramsci. Su obra ha merecido una atención seria sólo a partir de los años cincuenta, y sobre todo en las décadas siguientes (Santarelli, 1973: 9-11; Spriano, 1977: 97).

De esta manera, la política fascista de represión ideológica y política tuvo éxito en la medida de la recepción del pensamiento de Gramsci. Esta política se dirigió contra todo adversario abierto del régimen, aunque las ciencias sociales en general fueron objeto de sospecha cuando sus representantes mostraron independencia intelectual, sin importar en qué medida (Lentini, 1974: 48).

Uno de estos casos fue el propio Michels. Si bien fue profesor de la nueva "ciencia" fascista de la economía corporativa, así como un activo y capaz ideólogo del régimen, pese a todo, en cuanto sociólogo —aunque apologeta— se topó con una amplia resistencia y timidez. Los intelectuales fascistas en general usaron poco los trabajos estrictamente sociológicos de Michels (Bazzanella, 1986: 215; Portinaro, 1977: 136), aunque lo elogiaron como científico político (Orano, 1937; cfr. también De Mar-

³ La única excepción fue una conversación entre Gramsci y un camarada comunista también preso en 1930. Esta conversación luego fue reportada al "Centro Extranjero", formado por la dirección del partido en el exilio en París (cfr. Gramsci, 1973: 431-435; Spriano, 1977: 72-74).

chi, 1986: 22). De hecho, la "ciencia de la clase política" de Michels (1936a: 159), dedicada en gran medida al estudio de las élites políticas, apenas si fue diferente de la "legitimación del régimen" expresada con los "términos de una teoría científica" (Beetham, 1977: 173; ver en general: 167-173). Así pues, en este sentido la obra de Michels encontró una aceptación limitada. La sociología, incluso la de Michels, se tornó sospechosa en general siempre que el poder y la autoridad se convirtieron en áreas de investigación (Lentini, 1974: 38-39). En el mejor de los casos, algún colega simpatizante de Michels llegó a señalar que éste había logrado "hacer de la misma sociología tan desagradable de Pareto, algo placentero" (Curcio, 1937; cfr. De Marchi, 1986: 23).⁴ La crítica y selectiva recepción de Pareto por los intelectuales fascistas puede explicar este despectivo juicio. Sin duda, la obra de Pareto disfrutó de gran popularidad en los años veinte y treinta (Beetham, 1977: 166), y se intentó utilizar algunos conceptos de su sociología, como la circulación de las élites, la heterogeneidad de los grupos sociales y su inevitable competencia en la búsqueda del poder económico, social y político (cfr. Fossati, 1974: 107-119, Levi della Vida, 1974: 189-200). Sin embargo, la tendencia general fue insertar estos conceptos, tanto como fuese posible, en el marco de la doctrina corporativista y descartarlos cuando esto no fuera posible (Ornaghi, 1984: 68-69, 117, notas 44 y 47, 166-167).

En cuanto a Mosca, su firme rechazo a todo compromiso con el fascismo y sus pronunciamientos en el senado italiano contra las iniciativas de ley de Mussolini, y en apoyo a la democracia parlamentaria, desde luego dificultaron todo intento de interpretarlo como precursor del fascismo. No resulta, pues, sorprendente que los intelectuales fascistas mostraran poco interés en la producción del Mosca más maduro, y prefirieron citar sus primeros trabajos polémicos sobre la degeneración del gobierno parlamentario (Albertoni, 1978: 200-201; Cavallari, 1983: 244-247; Ornaghi, 1984: 89; Portinaro, 1977: 136-137). De la misma forma, no sorprende que fuera Mosca, más que Pareto, quien ejerciera una gran influencia en algunos destacados

⁴ Uno de los poquísimos ideólogos fascistas que mostró estimación por Michels como sociólogo, y a la sociología como disciplina, fue Cario Curcio (1937; ver también De Marchi, 1986: 23-24), un destacado teórico de la doctrina del Estado Corporativo (Ornaghi 1984: 221-224, 276).

miembros de la oposición intelectual a Mussolini, en tanto que la participación de Michels en el fascismo le valiera a éste su desprestigio y falta de influencia en el ámbito liberal. Aparte de una posible influencia de Mosca, Pareto o aun de Michels en el marxista Gramsci (Portinaro, 1984: 291; Salvadori, 1973: 255-256), así como los jóvenes representantes de la izquierda liberal italiana, como Gaetano Salvemini, Gobetti, Dorso y Carlos Rosselli, recibieron la influencia de la teoría de la "clase política" de Mosca en el contexto de una ideología consistentemente liberal. En este marco, ideológico más que sociológico, las élites democráticas recibieron de estos intelectuales liberales de izquierda la tarea de inspirar a las masas con los valores de la democracia y el liberalismo. Las enseñanzas sociológicas de Pareto también influyeron, aunque en menor grado. De todos los intelectuales liberales italianos quien les sacó mayor partido fue Filippo Burzio al reinterpretar libremente los principios sociológicos de Pareto sobre las élites y la heterogeneidad de los grupos sociales. De acuerdo con Burzio, sólo las instituciones democráticas liberales se encargan de que los individuos mejor calificados accedan al poder económico y político, y la competencia entre las diversas élites impide la opresión económica y el despotismo político. Cabe dudar, desde luego, de la fiel interpretación de Burzio, Dorso, Gobetti o Rosselli sobre la tesis de Mosca y Pareto (Bobbio, 1977: 219-239; Invernici, 1983: 255-268; Ripepe, 1974: 825-827).

Los esfuerzos intelectuales de los científicos sociales italianos que apoyaron y participaron en la producción de una cultura fascista no se encaminaron, en general, a la discusión y aplicación de las categorías de Mosca y Pareto, sino más bien al establecimiento de una nueva "ciencia" del Estado corporativo. Ésta se nutriría libremente de la teoría económica, la ciencia política y las leyes, sin considerarse atada, a su juicio, a distinciones obsoletas (Ornaghi, 1984). Al margen de los logros muy precarios de la nueva "ciencia" corporativista (Ornaghi 1984: 273-292), el apoyo ofrecido al régimen fascista y recibido de éste, hizo imperativo que todos los intelectuales simpatizantes del gobierno de Mussolini, como Michels, se enfrentaran a esta doctrina corporativista y pretendieran contribuir a su desarrollo (Ornaghi, 1984: 142, 156, 174, 273-274). No resulta, pues, accidental que la nueva historiografía haya interpretado recientemente la relación entre cultura y fascismo en términos de la existencia de

una cultura fascista. La tesis de Croce, —según la cual la cultura, durante el fascismo, se replegó en sí misma en defensa de su “autonomía” y pudo desarrollarse en virtud de un acuerdo tácito con el poder— prevaleció hasta la última década. La filosofía de la libertad de Benedetto Croce, combinada con el liberalismo, fue un importante punto de referencia no sólo para los intelectuales sino también para los políticos, merced al ejemplo mismo de la actividad cultural de Croce, “separada” y opuesta al régimen fascista.

Hoy en día los estudios sobre las instituciones culturales fascistas muestran que éstas no estuvieron limitadas a la cultura tradicional anterior, sino más bien produjeron nuevos contenidos e hicieron circular formas de pensar y temas de estudio funcionales a la ideología del régimen (Albertoni, 1977: 17-23). La institución cultural más importante, tanto por la cantidad de sus colaboradores —incluyendo a numerosos intelectuales antifascistas— como por el proyecto cultural que la inspiró, fue la Enciclopedia Italiana editada por Giovanni Gentile. Por medio de ella el fascismo intentó construir su propia legitimación histórica (Albertoni, 1977: 20-23; Lentini, 1974: 37; Turi, 1972: 93-152). Las ciencias políticas y la sociología aún tienen que elaborar una reconstrucción detallada de la relación con la política desarrollada por el Estado fascista (Albertoni, 1978: 13-14). La sociología aparecía como materia optativa en los programas de las facultades de ciencias políticas (Lentini, 1974: 300). La Facultad de Ciencias Políticas de Perugia acaso fue la más distinguida entre todas las establecidas por el fascismo para formar a la clase empresarial del régimen (Albertoni, 1977: 13-14; Lentini, 1974: 36-37). La investigación, sobre todo la de carácter empírico en los campos de la sociología rural, la movilidad social y la organización del trabajo en la industria, quedó no obstante circunscrita a los institutos no académicos, controlados por el Estado o por la Asociación de Fabricantes. La Universidad Católica de Milán fue una excepción que promovió activamente una versión de las ciencias sociales adecuada a la jerarquía católica, la autoridad política y la clase empresarial. La sociología académica y la no académica estuvieron, de cualquier manera, subordinadas a la política cultural del régimen fascista (Lentini, 1974: 29-45; Levi della Vida: 1974: 189-200).

La popularidad que adquirió en Italia la sociología nortea-

mericana después la segunda guerra mundial, promovió la circulación de la obra de múltiples clásicos europeos de vuelta en Europa desde los Estados Unidos (Ferrarotti, 1976: 19), y produjo así una ruptura con la historia cultural del periodo anterior. En estas circunstancias se juzgó a las facultades italianas de ciencias políticas como expresión del partido fascista y propaganda del régimen (Leoni, 1959). Sin embargo, estas facultades habían producido algunas contribuciones valiosas de autores no necesariamente simpatizantes con el partido y su ideología (Albertoni, 1977: 23). De manera similar, en los años veinte y treinta la sociología no académica produjo algunas investigaciones interesantes y —junto con la Universidad Católica— coadyuvó a la formación de una administración moderna en la Italia de la posguerra (Lentini, 1974: 31-33). Todo esto se logró a pesar del rechazo de Croce y Gentile a considerar a la sociología como ciencia, y de la sólida oposición de los académicos formados en las leyes y la economía, que prohibieron la enseñanza de las ciencias políticas y sociales en las universidades italianas durante las primeras décadas del siglo en curso (Portinaro, 1977: 136).

No obstante, el mayor obstáculo para el desarrollo de la sociología italiana fue la falta de libertad intelectual, ya que el régimen evitó eficazmente el surgimiento de toda teoría del conflicto y de toda investigación sociológica orientada hacia este tema. La estructura de clases, en particular, se consideró a tono con una concepción que hace hincapié en la cooperación y las relaciones armoniosas, y evita así el análisis de los procesos de redistribución del poder (Fossati, 1974: 107-119; Serpieri, 1974: 71-73). Una perspectiva sociológica diferente fue la expresada por el pequeño círculo de emigrados comunistas en París, que elaboraron algunos análisis de la situación social y los acontecimientos políticos italianos (Autor anónimo, 1974: 95-105; Lentini, 1974: 22-29; Serení, 1974: 121-132). Eran, sin embargo, miembros activos del Partido Comunista Italiano, y por tanto la investigación sociológica no les interesaba como tal. Los poquísimos sociólogos italianos que realizaron investigación empírica, que mostraron un genuino interés en la teoría sociológica y que tuvieron libertad para poner en práctica este interés a su antojo, efectuaron sus investigaciones en otros países, como Argentina, lo cual impidió que ejercieran influencia alguna en sus colegas italianos durante el fascismo (Lentini, 1976: 46-48).

Conclusiones

El propósito de este trabajo ha sido iluminar la relación recíproca entre la sociología italiana y el régimen fascista, en el periodo 1920-1945. Algunos de los estudiosos más talentosos de la vida política y social italiana durante esa época produjeron coherentes explicaciones del fascismo como movimiento, partido y régimen. Dichas explicaciones difirieron de manera significativa en sus categorías analíticas, contenido y premisas de valor. Se las recibió, asimismo, de distintas maneras, ya que los opositores ideológicos y políticos del fascismo fueron influidos en mayor medida por Mosca que por otros autores que simpatizaban más con el régimen. Los partidarios del fascismo, por su parte, apenas usaron con moderación y cuatela ciertas categorías sociológicas de Pareto. Dada la dudosa reputación de la sociología entre los intelectuales fascistas, éstos se inclinaron a considerar y celebrar a Michels como científico político más que como sociólogo. Por otra parte, la reputación de Michels como pensador fascista impidió que su obra adquiriera peso entre los círculos hostiles al fascismo, con la posible excepción de Gramsci, cuyas percepción y explicación del fascismo siempre fueron por completo en desacuerdo con las de Michels. La represión fascista logró mantener virtualmente desconocida en Italia la obra de Gramsci hasta el fin de la guerra, en tanto que sus seguidores marxistas en el extranjero sólo tenían acceso a la que realizó antes de ser encarcelado. De cualquier manera, sus lectores se restringían a un público particular y muy limitado de intelectuales comunistas en el exilio, que tendían a utilizar categorías marxistas más que específicamente gramscianas en sus escasos estudios sociológicos propios. En consecuencia, ni siquiera entre los intelectuales comunistas hubo una recepción adecuada de las valiosas observaciones de Gramsci sobre el fascismo.

A fin de arribar a algunas conclusiones de importancia teórica de este capítulo sobre la historia de la sociología, cabe señalar, primero que nada, que los conceptos evidentemente producidos por los científicos sociales con propósitos estrictamente científicos, derivaron en usos ideológicos, como es el caso de la "circulación de las élites" de Pareto, el de "clase política" de Mosca, y la definición de "autoridad" de Michels. A este respecto resulta de interés que no sólo quienes produjeron dichos

conceptos tuvieron esta tendencia, sino también otros autores que se sintieron libres de usarlos a discreción. La falta de rigor en la definición acaso contribuya al abuso ideológico de las categorías sociológicas (Ripepe, 1974: 826-827), pero incluso el término rigurosamente definido de Weber sobre el “poder legítimo” (*Herrschaft*) fue reinterpretado por Michels a fin de convertirlo en una herramienta adecuada para legitimar el gobierno despótico de Mussolini. Empero —y ésta podría ser nuestra segunda conclusión— Pareto, Mosca y, en menor grado, Michels, lograron heredar a las siguientes generaciones de sociólogos un conjunto de categorías todavía de importancia crucial para los estudios de las élites sociales, económicas y políticas, pese a su potencial ideológico. En otras palabras, los usos y abusos ideológicos de los conceptos de las ciencias sociales no implican en modo alguno su falta de valor científico.

Como conclusión final, los límites de su uso ideológico no son inmanentes a los conceptos mismos (aun cuando sean rigurosamente definidos), sino que dependen de circunstancias externas y contingentes. Las más importantes de todas éstas parece ser la ausencia de regímenes autoritarios resueltos a conquistar el pleno control de la producción cultural, así como la falta de atractivo de ciertos conceptos sociológicos para públicos ideológicos específicos. Entonces, no fue el concepto de “clase política” como tal, sino la imagen liberal de Gaetano Mosca lo que explica que los ideólogos fascistas se contuvieran de usarlo, en tanto que era popular entre los adversarios liberales de Mussolini. De manera similar, la participación de Michels con el fascismo contribuyó a su influencia temporal en otros intelectuales fascistas, pero también a la notable falta de importancia de su obra entre la mayoría de opositores al fascismo.

Traducción de ROSAMARÍA NÚÑEZ

Bibliografía

- Albertoni, E., *Introduzione alla storia delle dottrine politiche*, Cisalpino, La Goliardica, Milán, 1977.
- , *Gaetano Mosca*, Giuffré, 1978.
- Autores anónimos, “Borghesia, piccola borghesia e intellettuali di fronte alla guerra”,

- en O. Lentini (ed.), *L'analisi sociale durante il fascismo*, Guida, Nápoles, 1974, pp. 95-105.
- Bardusco, A., "Legittimazione del potere e ruolo dei partiti", en E. Albertoni (ed.), *Governo e governabilità nel sistema politico e giuridico di Gaetano Mosca*, Giuffré, Milán, 1983, pp. 143-153.
- Battaglia, L., "Sociologia e politica in Luigi Sturzo", en *Il politico*, vol. L, núm. 2, pp. 211-251.
- Bazzanella, A., "Roberto Michels e il fascismo", en *Annali di Sociologia*, vol. II, núm. 1, 1986, pp. 212-216.
- Beetham, D., "From Socialism to Fascism: The Relation between Theory and Practice in the Work of Robert Michels. I"; "From Marxist Revolutionary to Political Sociologist. II. The Fascist Ideologue", en *Political Studies*, vol. XXV, núms. 1 y 2, 1977, pp. 3-24, 161-181.
- Bobbio, N., *Saggi sulla scienza politica in Italia*, Laterza, Bari, 1977.
- Cavallari, G., "Gaetano Mosca e il sindacalismo rivoluzionario", en E. Albertoni (ed.), *Governo e governabilità nel sistema politico e giuridico di Gaetano Mosca*, Giuffré, Milán, 1983.
- Curcio, C., "L'opera politica di Roberto Michels", en *Studi in memoria di Roberto Michels*, Cedam, Padua, 1937, pp. 15-35.
- De Marchi, F., "Rievocando con Roberto Michels le vicende della sociologia di cinquant'anni or sono: 1936", en *Annali di Sociologia*, vol. II, núm. 1, 1986, pp. 15-37.
- Ferrarotti, F., *Lineamenti di sociologia*, Liguori, Nápoles, 1976.
- Gini, C., "Struttura e funzionamento dell'organismo sociale", en O. Lentini (ed.), *L'analisi sociale durante il fascismo*, Guida, Nápoles, 1974, pp. 315-328.
- Fiorot, D., "Potere, governe e governabilità in Mosca e Pareto", en E. Albertoni (ed.), *Governo e governabilità nel sistema politico e giuridico di Gaetano Mosca*, Giuffré, Milán, 1983, pp. 79-102.
- Fossati, A., "La classe média", en O. Lentini (ed.), *L'analisi sociale durante il fascismo*, Guida, Nápoles, 1974, pp. 107-119.
- Gramsci, A., *Socialismo e fascismo*, Einaudi, Turin, 1966.
- , *Scritti politici*, P. Spriano (ed.), Editori Riuniti, Roma, 1973a.
- , *Sul fascismo*, E. Santarelli, (ed.), Roma, Editori Riuniti, 1973b.
- Invernici, F. "Gaetano Mosca nelle interpretazioni del socialismo liberale", en E. Albertoni (A cura di), *Governo e governabilità nel sistema politico e giuridico di Gaetano Mosca*, Giuffré, Milán, 1983, pp. 248-268.
- Lentini, O. (ed.), *L'analisi sociale durante il fascismo*, Guida, Nápoles, 1974.
- , *Tendenze della teoria sociale durante il fascismo*, en A. Izzo y C. Mongardini (ed.), *Contributi di storia della sociologia*, Franco Angeli, Milán, 1983, pp. 62-66.
- Leoni, B., "Gli studi e le ricerche sociologiche in Italia", en *La sociologia nel suo contesto sociale*, Laterza, Bari, 1959.
- Levi Della Vida, G., "La teoria della circolazione delle aristocrazie del Pareto e la teoria del ricambio sociale", en O. Lentini (ed.), *L'analisi sociale durante il fascismo*, Guida, Nápoles, 1974, pp. 189-200.
- Linz, J.J., "Michels e il suo contributo alla sociologia politica", en R. Michels, *La sociologia del partito politico nella moderna democrazia*, Il Mulino, Boloña, 1966.
- Michels, R. *La sociologia del partito politico nella democrazia moderna*, Utet, Turin, 1911.
- , "Max Weber", en *Nuova Antologia*, núm. 1170, 1920, pp. 355-361.
- , "Der Aufstieg des Fascismus in Italien", en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, voi. 52, 1924, pp. 61-93.
- , *Corso di sociologia politica*, Instituto Editoriale Scientifico, Milán, 1927.
- , "Il concetto di Stato nella storia delle dottrine economiche", en *Rivista di politica economica*, vol. XIX, núm. VI, 1929.
- , "Il concetto di partito nella storia italiana moderna", en O. Fantini (ed.), *Il*

- partito fascista nella dottrina e nella realtà*, Editrice Italiana Attualita, Roma, 1931a.
- , "Authority", en *Encyclopaedia of the Social Sciences*, voi. II, Mac Millan, Nueva York, 1931b, pp. 319-321.
- , "La 'classe politica' nel dopoguerra europeo", en *Educazione fascista*, voi. X, 1932a.
- , "Appunti sul concetto di autorità", en *La stirpe*, voi. X, núm. 8, 1932b.
- , *Economia volgare, economia pura, economia politica*, Perugia, Donnini, 1934a.
- , (ed.), *Politica ed economia*, Utet, Turín, 1934b.
- , "La politica demografica", G. Dobbert, (ed.), *L'economia fascista*, Sansoni, Firenze, 1935.
- , *Nuovi studi sulla classe politica, Saggio sugli spostamenti sociali ed intellettuali nel dopoguerra*, Societa Anonima editrice Dante Alighieri, Milán, 1936a.
- , *Cenni storici sui sistemi sindacali corporativi*, Cremonese Editore, Roma, 1936b.
- , *La sociologia del partito politico nella moderna democrazia*, Il Mulino, Bologna, 1966.
- Mosca, G., *Elementi di scienza politica*, Bocca, Turín, 1923.
- , *Partiti e sindacati nella crisi del regime parlamentare*, Laterza, Bari, 1949.
- , *Cio che la storia potrebbe insegnare*, Giuffré, 1958.
- Orano, P., "Roberto Michels, L'amico, il maestro, il camerata", en *Studi in memoria di Roberto Michels*, Cedam, Padua, 1937, pp. 9-14.
- Ornaghi, L., *Stato e corporazione*, Giuffré, Milán, 1984.
- Pareto, V., *Lettere a Maffeo Pantaleoni*, G. de Rosa (ed.), voi. III, Banca Nazionale del Lavoro, Roma, 1962.
- , *Trattato di sociologia generale*, Comunità, Milano, 1964.
- , *Scritti sociologici minori*, G. Busino (ed.), Utet, Turín, 1980.
- Portinaro, P.P., "Roberto Michels e Vilfredo Pareto", en *Annali della Fondazione Luigi Einaudi*, voi. XI, 1977, pp. 99-141.
- , "Teoria del partito, elitismo carismatico e psicologia delle masse nell'opera sociologica di Michels", en G.B. Furiozzi (ed.), *Roberto Michels tra politica e sociologia*, Centro Editoriale Toscano, Firenze, 1974.
- Ripepe, E., *Gli elitisti italiani*, Pacini, Pisa, 1974.
- Salvadori, M., *Gramsci e il problema storico della democrazia*, Einaudi, Turín, 1973.
- Santarelli, E., "Introduzione", en A. Gramsci, *Sul fascismo*, E. Santarelli (ed.), Editori Riuniti, Roma, 1973b.
- Spriano, P., *Gramsci e Gobetti*, Einaudi, Turín, 1977.
- Segre, S., "Mosca e Weber", en E. Albertoni (ed.), *Governo e governabilità nel sistema politico e giuridico di Gaetano Mosca*, Giuffré, Milán, 1983, pp. 103-120.
- Sereni, E., "Proletariato di grande industria", en O. Lentini (ed.), *L'analisi sociale durante il fascismo*, Guida, Nápoles, 1974, pp. 121-144.
- Serperi, A., "I ceti rurali nella vita politica italiana", en O. Lentini (ed.), *L'analisi sociale durante il fascismo*, Guida, Nápoles, 1974, pp. 63-80.
- Sola, G., *Organizzazione, partito, classe politica e legge ferrea dell'oligarchia in Roberto Michels*, Ecig, Génova, 1972.
- Turi, G., "Il progetto dell'enciclopedia italiana: l'organizzazione del consenso fra gli intellettuali", en *Studi storici*, voi. XIII, 1972, pp. 93-152.
- Weber, M., *Letters to Roberto Michels*, núm. 5979, Fondazione Einaudi Archives, Turín, 1910.
- , "Carismatica e tipi del potere", en R. Michels (ed.), *Politica ed economia*, Utet, Turín, 1934, pp. 183-262.